

Jefferson Street es una calle tranquila de Providence. Rodea el barrio comercial, y sólo al sur de la ciudad, donde se llama ya Norwich Street, desemboca en la salida de Nueva York. De vez en cuando Jefferson Street se ensancha en pequeñas plazas con hayas y arces. En una de esas plazas, Wayland Square, hay un gran edificio de estilo casa de campo inglesa: el hotel Wayland Manor. Cuando llegué allí a finales de abril, el portero cogió del casillero una carta al mismo tiempo que la llave y me entregó ambas cosas. Ante el ascensor abierto, en el que el ascensorista esperaba ya, desgarré el sobre, que, por cierto, apenas estaba cerrado. La carta era breve y decía así: «Estoy en Nueva York. Por favor, no me busques; no te resultaría agradable encontrarme». Hasta donde alcanzan mis recuerdos, es como si estuviera predestinado al horror y el espanto. Había leños esparcidos y silenciosos al sol, fuera, en el patio, después de que me llevaran a la

casa por los bombardeos americanos. Brillaban gotas de sangre en los escalones laterales de la puerta de entrada, donde los fines de semana se degollaba a las liebres. En un crepúsculo, tanto más horrible porque no era de noche aún, yo daba tumbos bamboleando los brazos ridículamente por el bosque, que se había desplomado ya sobre sí mismo y en el que sólo brillaban los líquenes de los primeros árboles; llamaba de vez en cuando, deteniéndome, con voz baja y lastimera por vergüenza, y grité por último desde lo más hondo de mi alma cuando, por el espanto, no podía avergonzarme ya; grité hacia el bosque, llamando a alguien a quien quería y que por la mañana había entrado en él y no había salido aún..., y otra vez había a la luz del sol plumones de gallinas fugitivas esparcidos por el patio y pegados a las paredes también.

Entré en el ascensor, y en el preciso momento en que el viejo negro me advertía que tuviera cuidado, di un traspie en el suelo ligeramente levantado de la cabina. El negro cerró la puerta con una mano y corrió después la verja; luego puso el ascensor en movimiento con una palanca.

Junto al ascensor debía de haber un montacargas, porque mientras subíamos lentamente nos acompañó un tintineo como de tazas apiladas que permaneció invariable durante toda la ascensión. Levanté la vista de la carta y contemplé al ascensorista, que con la cabeza gacha estaba en un rincón oscuro, junto a la palanca, sin mirarme. Su camisa blanca era casi lo único que se destacaba del uniforme azul marino. De repente, como me ocurre a menudo cuando me encuentro con otras personas en

un cuarto y nadie habla durante algún tiempo, tuve la seguridad de que un momento más tarde el negro se volvería loco y se lanzaría sobre mí. Saqué del abrigo el periódico que había comprado por la mañana, antes de salir de Boston, y señalando los titulares intenté explicarle al ascensorista que por la reciente devaluación de algunas divisas europeas frente al dólar no tendría más remedio que gastarme en el viaje todo el dinero que había cambiado, porque si volvía a cambiarlo en Europa me darían mucho menos. El ascensorista me mostró como respuesta el montón de periódicos que había bajo el banco del ascensor, sobre el que reposaban las monedas recibidas por los periódicos que había vendido ya, e hizo un gesto de asentimiento: los números del Providence Tribune que había bajo el banco ostentaban los mismos titulares que mi Boston Globe.

Tranquilizado por el hecho de que el ascensorista me hubiera respondido, busqué en el bolsillo del pantalón un billete que pudiera deslizarle apenas hubiera depositado la maleta en mi cuarto. Sin embargo, allí me encontré por descuido con un billete de diez dólares en la mano. Lo cogí con la otra y busqué un billete de un dólar sin sacar el fajo del bolsillo. Palpé un billete y lo extraje, dándoselo directamente al ascensorista. Era de cinco dólares, y el negro cerró en seguida la mano sobre él. «Todavía no he vuelto a acostumbrarme a todo esto», dije en voz alta cuando estuve solo. Entré en el cuarto de baño sin quitarme el abrigo y me miré en el espejo, pero viendo más el espejo que mi rostro. Entonces vi unos cabellos en la parte de atrás del abrigo y dije: «Se me deben de haber caído en el autobús». Me senté en el borde de

la bañera, sorprendido porque, por primera vez desde que era niño, había empezado a hablar solo. Sin embargo, un niño habla en voz alta sobre todo para imaginarse acompañado, y yo no podía explicarme mi soliloquio en unos momentos en que, por primera vez, quería ser espectador y no actor. Tuve que reírme sofocadamente, y, por último, como jugando, me di con el puño en la cabeza y casi me caí al baño. El suelo de la bañera estaba cubierto de tiras anchas y claras, cruzadas en todas direcciones, que parecían de esparadrapo y tenían por objeto evitar los resbalones. Entre el aspecto de aquellos esparadrapos y la idea de hablar solo se produjo en seguida una concordancia tan incomprensible que dejé de reírme y volví al dormitorio.

Ante la ventana, que daba sobre un amplio parque con pequeñas casas, había unos abedules altos. Las hojas de los árboles eran todavía menudas y el sol brillaba a través de ellas. Subí la ventana, arrastré un sillón hasta ella y me senté; puse los pies sobre el radiador, que todavía conservaba algo del calor de la mañana. El sillón tenía ruedas, y rodé con él hacia delante y atrás mirando el sobre. Era un sobre de hotel de color azul pálido; en el reverso llevaba la dirección «Delmonico's, Park Avenue at Fifty-ninth Street, New York». Sin embargo, el matasellos del anverso decía: «Philadelphia, Pa.»; la carta había sido echada al correo cinco días antes. «Por la tarde», dije en voz alta al ver las letras «p. m.» en el matasellos.

«¿De dónde habrá sacado el dinero para el viaje? –me pregunté–. Debe de tener mucho: una habitación costará ahí treinta dólares.» Conocía el Delmonico sobre todo

por los musicales: gentes del campo que entraban en él bailando desde la calle y comían con torpeza en palcos reservados. Por otra parte, no tiene ningún sentido del dinero; en cualquier caso, no el normal. Nunca ha superado el gusto infantil por los intercambios, y por eso el dinero ha seguido siendo para ella, en realidad, sólo un medio de cambio. Le gusta todo lo que puede usarse fácilmente o, cuando menos, cambiarse rápidamente, y en el dinero encuentra las dos cosas juntas: uso y cambio. Miré a lo lejos, tan lejos como podía, y contemplé una iglesia, todavía oculta por el polvo de una fábrica de algodón; según el plano de la ciudad, debía de ser baptista. «La carta ha tardado mucho –dije–. ¿Se habrá muerto entretanto?» Una vez, en una gran cima rocosa, había buscado a mi madre al caer la tarde. De vez en cuando mi madre se ponía melancólica, y yo pensaba que si no se había arrojado al vacío simplemente se habría dejado caer. Yo estaba de pie sobre la roca y miraba hacia abajo, al pueblo, donde empezaba a anochecer. No vi nada especial, pero unas mujeres que estaban juntas, con los bolsos de la compra en el suelo, como si se hubieran llevado un susto y a las que se unió todavía alguna más, hicieron que volviese a buscar jirones de ropa en los salientes rocosos. No podía abrir la boca porque el aire me hacía daño: el miedo había hecho que todo se hundiera profundamente a mi alrededor. Entonces se encendieron las luces del pueblo y algunos coches comenzaron a circular con los faros encendidos. Allí arriba, en las rocas, reinaba un gran silencio y sólo los grillos seguían cantando. Me sentí cada vez más abatido. Se encendieron también las luces de la gasolinera de la entrada del pueblo.

Sin embargo, ¡todavía no era de noche! Las gentes andaban más aprisa por la calle. Mientras daba unos pasos por la cima observé que alguien se movía entre ellas muy despacio y reconocí a mi madre, que en los últimos tiempos lo hacía todo muy lentamente. Tampoco atravesaba las calles por el camino más corto, como antes, sino que las cruzaba en una larga diagonal.

Rodé con el sillón hasta la mesilla de noche e hice que me pusieran con el hotel Delmonico de Nueva York. Sólo cuando les dije el nombre de soltera de Judith la encontraron en el registro. Se había marchado cinco días antes sin dejar ninguna dirección para que le reexpidieran el correo; por cierto, había olvidado en su cuarto una máquina de fotos: ¿la enviaban a su dirección en Europa? Respondí que iría al día siguiente a Nueva York y la recogería en persona. «Sí –repetí después de haber colgado–, soy su marido.» Para no tener que reírme de nuevo rodé otra vez rápidamente hasta la ventana.

Sentado, me quité el abrigo y hojeé los cheques de viaje que había comprado en Austria porque se hablaba mucho de los atracos. El empleado del banco me había prometido volver a cambiármelos al mismo tipo, pero la libre fluctuación de las divisas debía de haberle liberado de su promesa. «¿Cómo voy a gastarme los tres mil dólares?», me pregunté. De pronto decidí vivir de la forma más ociosa y despreocupada posible con aquel dinero que, sólo por una ventolera, había cambiado en tal cantidad. Llamé otra vez al Delmonico y quise reservar una habitación para el día siguiente. Como no había ninguna libre le pedí al portero, como primera intención, que me buscara alojamiento en el Waldorf Astoria, pero me inte-

rrumpí, y en recuerdo de F. Scott Fitzgerald, que se alojó a menudo en él y cuyos libros estaba leyendo precisamente, encargué una habitación en el hotel Algonquin de la calle cuarenta y cuatro. Había una libre.

Entonces, mientras la bañera se llenaba de agua, se me ocurrió que Judith debía de haber sacado el resto del dinero de mi cuenta. «No hubiera debido darle ningún poder», me dije, aunque la verdad era que el asunto no me importaba; incluso me divertía, y sentía curiosidad por saber qué ocurriría, pero sólo fue por un segundo, porque recordé que cuando la vi por última vez una tarde echada en su cama ya no se le podía hablar, y que ella me había mirado de tal forma que me detuve en mi impulso al ver que ya no podía ayudarla.

Me senté en la bañera y acabé *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald. Era una historia de amor en la que un hombre compraba una casa en una bahía sólo para ver apagarse todas las noches las luces de otra casa situada al otro lado, donde la mujer amada vivía con otro hombre. Aunque el gran Gatsby estaba obsesionado por su amor, era tímido sin embargo; en cambio, cuanto más vehemente y falto de inhibiciones se hacía el amor de la mujer, tanto más cobarde era la conducta de ella.

«Sí –dije–: por un lado soy tímido y por otro, en lo que se refiere a mis sentimientos por Judith, cobarde. Siempre he sido incapaz de abrirme a ella. Cada vez comprendo mejor que mi tendencia a la timidez, que siempre he cultivado porque creía que era lo que me permitía no aceptarlo todo, es una especie de cobardía cuando se convierte en limitación de mi amor. *El gran Gatsby* sólo era tímido en las manifestaciones exteriores del amor

que lo obsesionaba. Era educado. Me gustaría llegar a ser tan educado y desconsiderado como él..., siempre que no sea demasiado tarde.»

Dejé escapar el agua mientras seguía sentado. El agua salía muy lentamente, y echado hacia atrás y con los ojos cerrados me pareció como si yo también me fuera haciendo cada vez más pequeño con aquel movimiento pausado y, finalmente, me disolviera. Sólo cuando sentí frío, porque me había quedado en la bañera sin agua, volví en mí y me puse de pie. Me sequé y me miré el cuerpo. Me cogí el miembro, primero con la toalla y luego con la mano desnuda, y, todavía de pie, comencé a masturbarme. Lo hice durante mucho tiempo, y de cuando en cuando abría los ojos y miraba el cristal blanquecino de la ventana del cuarto de baño, en el que se agitaban las sombras de los abedules. Cuando por fin brotó el semen se me doblaron las rodillas. Luego me lavé, limpié la bañera con la ducha y me vestí.

Estuve echado un rato en la cama, incapaz de pensar en nada. Por un segundo me resultó penoso, pero después lo encontré agradable. No me entró sueño, pero tenía la mente en blanco. A cierta distancia de la ventana oía a veces un ruido débil, como un estampido y un crujido simultáneos, al que seguían las voces y los gritos de los estudiantes que jugaban al béisbol en los terrenos de la Brown University.

Me levanté, me lavé unos calcetines con el jabón del hotel y bajé a pie al vestíbulo. El ascensorista estaba sentado en un taburete junto al ascensor, con la cabeza apoyada en las manos. Salí del edificio; era ya casi de noche,

y los taxistas que conversaban en la plaza, de un coche a otro, me ofrecieron sus servicios al pasar junto a ellos. Cuando estaba ya lejos me di cuenta de que mi resistencia a responderles aunque sólo fuera con un gesto me producía un regusto de satisfacción.

«Ya llevo dos días en América –dije, y me bajé del bordillo a la calle para volver a subir a la acera en seguida–. ¿Habré cambiado ya?» Sin querer volví la cabeza sin dejar de andar y luego miré con impaciencia mi reloj de pulsera. Como en otras ocasiones en que algo que había leído me hacía desear vivirlo inmediatamente, el gran Gatsby me impulsaba también ahora a cambiar en el acto. La necesidad de ser diferente de lo que era se hizo tan fuerte como un instinto. Pensé cómo podría mostrar los sentimientos que el gran Gatsby había hecho posibles en mí y en cómo aplicarlos a mi alrededor. Eran sentimientos de cordialidad, comprensión, serenidad y felicidad, y me di cuenta de que alejarían para siempre mi tendencia al espanto y el pánico. Eran sentimientos útiles: ¡nunca más me sentiría abrasado por el miedo! Sin embargo, ¿dónde podría demostrar por fin que era capaz de ser de otro modo? Por de pronto había dejado atrás mi viejo ambiente; pero en este ambiente extraño no me sentía aún capaz de ser nada más que una persona que utilizaba los servicios públicos, andaba por las calles, viajaba en autobús, vivía en hoteles y se sentaba en taburetes de bar. Ni siquiera quería ser nada más, porque para ello habría tenido que darme importancia. Creía haber vencido por fin aquella necesidad de darme importancia continuamente para merecer un poco de atención. No obstante..., por muy inclinado que me sintiera

a ser atento y abierto hacia lo que me rodeaba, esquivaba rápidamente a cuantos se cruzaban conmigo en la acera, enojado por otro rostro más y sintiendo el antiguo asco por todo lo que no fuera yo mismo. Aunque una vez, mientras seguía bajando por Jefferson Street, pensé sin querer en Judith –un pensamiento que ahuyenté echando el aire y dando unos pasos–, permanecí sin pensar en nadie y sintiendo calor hasta en los corvejones a causa de la rabia, transformada casi en impulso asesino porque no podía dirigirla contra mí mismo ni contra otros.

Recorrí algunas bocacalles. Las luces callejeras estaban ya encendidas y el cielo parecía muy azul. La hierba relucía bajo los árboles por el reflejo del sol poniente. En los arbustos de los jardines de las casas, las flores se derramaban hasta el suelo. En otra calle se cerró la puerta de un gran coche americano. Volví a Jefferson Street y me tomé una ginger-ale en un bar que no servía bebidas alcohólicas. Esperé a que se licuaran los dos hielos del vaso y luego me bebí el agua; sabía amarga, pero me resultaba agradable después de la ginger-ale dulce. En la pared, junto a cada mesa, había un aparato donde, apretando unas teclas, se podían seleccionar discos sin necesidad de levantarse. Eché un cuarto de dólar y elegí *Sitting on the Dock of the Bay*, de Otis Redding. Al hacerlo pensé en el gran Gatsby y me sentí más seguro de mí que nunca, hasta que perdí la conciencia de mí mismo. Podría hacer muchas otras cosas. ¡Nadie me reconocería! Encargué una hamburguesa y una coca-cola. Sentí sueño y bostecé. Entonces, en medio del bostezo, se abrió en mí un vacío que se llenó inmediatamente con la imagen

de un monte bajo de color negro intenso, y como en una recaída me acometió otra vez la idea de que Judith había muerto. La imagen del monte se oscureció más aún al mirar la creciente oscuridad que había ante la puerta del bar, y mi espanto fue tan grande que repentinamente volví a transformarme en una cosa. No podía comer; sólo seguir bebiendo a sorbitos. Pedí otro vaso de coca-cola y continué sentado, con el corazón palpitante.

Aquel horror y la necesidad de ser cuanto antes distinto y deshacerme por fin de aquello me impacientaron. El tiempo me parecía tan largo que volví a mirar el reloj. Mi familiar sentido histérico del tiempo hizo su aparición. Hacía años había visto a una mujer gorda bañarse en el mar y la había mirado cada diez minutos porque creía con toda seriedad que entretanto debía de haber adelgazado. Ahora, en el bar, miraba una y otra vez a un hombre que tenía una herida con costra en la frente para ver si la herida se había curado por fin. Pensé que Judith no tenía sentido del tiempo. No olvidaba ninguna cita, pero llegaba siempre tarde como las mujeres de los chistes. Sencillamente, no se daba cuenta de que era la hora. Pocas veces sabía en qué día vivía. Siempre que se le decía la hora se asustaba; yo, en cambio, casi a cada hora llamaba por teléfono para saber qué hora era. Ella se sobresaltaba: «¡Tan tarde ya!». Nunca: «¿Tan pronto?». Era incapaz de imaginar que alguna vez pudiera ser hora de hacer algo. Yo le decía: «Quizá depende de que desde niña te has mudado muchas veces de casa y has vivido en muchos sitios. Sabes siempre dónde has estado antes, pero nunca cuándo estuviste en algún sitio. Tu sentido de la orientación es

mucho mejor que el mío; yo me pierdo a menudo. O quizá se deba a que tuviste demasiado pronto una profesión con un horario fijo de trabajo. Sin embargo, en realidad estoy seguro de que simplemente no tienes ningún sentido del tiempo porque tampoco lo tienes de lo demás». Ella contestaba: «No es verdad; lo que pasa es que no tengo sentido de mí misma». «Además, no tienes sentido del dinero», decía yo; y ella respondía: «No, no tengo ningún sentido de los números». «E incluso tu sentido de la orientación es para volverse loco –seguía diciendo yo–; cuando cruzas la calle para ir a otra casa dices que bajas; cuando hace ya rato que estamos delante de nuestra casa, el coche sigue estando fuera para ti, y cuando bajas a la ciudad, subes a la ciudad sólo porque la carretera va hacia el norte».

Sin embargo, pensé ahora, mi exagerado sentido del tiempo –lo que quiere decir quizá mi excesivo sentido de mí mismo– es un obstáculo para la serenidad y la capacidad de comprensión que quisiera lograr.

Me puse de pie por lo ridículo del recuerdo. Lo que tenía que hacer en aquel momento era sólo ir estúpidamente con la nota hasta la caja y, sin decir palabra, depositar el billete. También el hecho de que para ello apenas tuviera que cambiar de actitud me agradaba. Un asco, primero violento y luego alegre, hacia todos los conceptos, definiciones y abstracciones en que acababa de pensar hizo que me detuviera un momento al salir. Intenté eructar y la coca-cola me ayudó. Fuera me crucé con un estudiante de pelo corto, mofletudo, con pantalones bermudas, gruesos muslos y zapatos de lona, y lo miré espantado, desconsolado al imaginar que alguien, alguna

vez, se atreviera a sacar alguna conclusión general de aquella figura aislada, que alguien lo catalogara y lo hiciera representar otra cosa.

Sin querer dije: «¡Hola!», mirándolo con desenfado, y él me saludó también. Era un cuadro repentinamente animado, y supe por qué, desde hacía algún tiempo, sólo quería leer historias de personas concretas. ¡Y la mujer, la de la caja del bar! Tenía el pelo teñido y se le notaban las raíces negras, y junto a ella había una banderita americana. ¿Y qué? Pues nada más. En mi recuerdo su rostro comenzó incluso a iluminarse y se hizo obstinado como la imagen de un santo. Volví la cabeza para mirar otra vez al estudiante gordo: llevaba en la espalda de la camisa un retrato de Al Wilson, el cantante de los Canned Heat. Wilson era un muchacho pequeño y gordinflón. Tenía espinillas, que se veían claramente incluso por televisión, y usaba gafas. Hacía unos meses lo habían encontrado muerto ante su casa de Laurel Canyon, cerca de Los Ángeles, dentro de un saco de dormir. Con voz delicada y aguda solía cantar *On the Road again* y *Going up the Country*. A diferencia de lo que me ocurría con Jimmy Hendrix o Janis Joplin –que cada vez me eran más indiferentes, como el resto de la música «rock»–, seguía lamentando la muerte de Wilson, y su breve vida, que entonces creía comprender, me dolía a menudo cuando divagaba entre sueños. Recordé dos versos que continuaron rondándome por la cabeza mientras volvía al hotel:

«I say goodbye to Colorado
it's so nice to walk in California».